

• EL GUERRERO • EL GUARDIÁN • EL SABIO • EL GENIO •

EL REY • EL MONSTRUO • EL LOBO • EL CANGREJO • EL COLOSO • EL DIOS

EL MAGO • EL NOBLE • LA MADRE • LOS GEMELOS • EL AMANTE • ALMA



EL  
**FACTOR**  
**SOBRENATURAL**

**EDGAR CANTERO**

• HUESOS • EL FÉNIX • EL ORÁCULO • LA FORTUNA •

EDGAR CANTERO



El factor sobrenatural

Traducción de Xavi Morató  
y Edgar Cantero

minotauro

Título original: *The Supernatural Enhancements*

Primera edición: mayo de 2015

© Traducción de Xavi Morató y Edgar Cantero, 2015

Arte adicional: Ocabrita y Jordi March

© Edgar Cantero, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-450-0259-9

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 8.468-2015

Impresión: Egedsa

Impreso en España

*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



4 DE NOVIEMBRE DE 1995



## DIARIO DE A.

Sobre nuestras cabezas pende una nube de bordes dorados del tamaño de un estado de los grandes (digamos Arizona), amenazando con desplomarse sobre Virginia. El sol bajo proyecta sus rayos a ras de la carretera que recorreremos, exaltando los naranjas y amarillos, tornando el aluminio en oro y la piel del brazo de Niamh en albaricoque. Campos de cultivo discurren por sus pupilas mientras absorbe el continente. Va a ser difícil no enamorarse de ella.

La carretera se extiende desde Point Bless hacia el oeste durante millas.

—¿Cómo haremos para ir y venir cuando estemos solos? —pregunto.

—Es fácil; sigan la carretera buena —contesta Glew—. No se preocupen; en su coche serán diez minutos.

—¿Tenemos coche?

—Dos, de hecho. El de su tío, un Audi, y un Daewoo que compró para el mayordomo.

—¡Tenemos mayordomo!

—Strückner. Más bien es el cuidador de la casa. Había otros criados, pero leyendo el testamento de su tío al pie de la letra, «la casa y todo su contenido», se interpretó que esto sólo incluía a

Strückner, puesto que es el único que vivía allí. De todas formas, quizá no deberían contar con su ayuda.

—¿Por qué?

—Porque se ha esfumado. Se fue a mediados de octubre sin decir nada. Desde entonces que intento contactar con él.

Niamh garabatea en su libreta y me lo muestra: *El mayordomo lo hizo*. Sonríe. Glew no lo ha leído, pero se lo imagina.

—Supongo que necesitaba unas vacaciones —dice a modo de disculpa—. Estaba afectado, lógicamente. Fue él quien encontró los cuerpos.

—¿Cuerpos? Pensaba que Ambrose Wells se suicidó solo.

—Así es. De la misma forma que su padre, hace treinta años.

A unos cinco kilómetros de Point Bless, el coche gira a la derecha y desciende por el tronco de una T; viajamos por un camino de grava que empuja la casa hacia la espesura, escondiéndola de la carretera. Ya no hay campos a los lados, sino un bosque agreste que quizá un día fue jardín. A una distancia prudencial del edificio, sin embargo, los árboles cesan, respetando la vasta explanada vacía en cuyo centro descansa Axton House.

La casa debía de ser de estilo georgiano en los planos, de tres plantas con desván y cubierta mansarda. Vista desde el patio, sin embargo, la fachada no transmite la confortable armonía de la proporción griega. Nos causó más bien una impresión sombría, con su aire de grandeza y su excesiva verticalidad. Puertas, ventanas y ventanales tensan el límite de la razón áurea, yendo siempre un poco más allá: más altos, más estrechos. La piel de piedra del edificio parece capaz de adoptar el tono que mejor se amolda al paisaje. Era de un color oro sucio la primera vez que lo vimos. Sólo el laberinto de seto que hay pasado el invernadero se atreve a verdear el lugar. La finca bullía con las voces de pájaros y de árboles.

Dos cristaleras a cada lado de la puerta principal se abren al porche alfombrado de otoño. Tres ventanas en la segunda planta se alinean a cada lado del espinazo que, brotando del pórtico, sobresale en

el centro de la fachada. En el tercer piso, esta retrocede para dejar espacio a dos terrazas. En el ático espían dos buhardillas, y en medio, el espinazo acaba en un tejadillo, repunta un poco más, y culmina por fin en una especie de campanario. Dentro de este hay un objeto que debe de ser una veleta y que recuerda al sextante de un marino. Según Glew, es una veleta y un calendario: cuando su sombra lame el pie de cierto roble en primera línea del bosque, está señalando el solsticio de invierno. Es un diseño patentado por Benjamin Franklin.

## CARTA

Axton House  
Axton Rd. 1  
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

Soy consciente de que la ocasión merece llenar varias hojas del lujoso papel de cartas de Mr. Ambrose Wells con una descripción exhaustiva de Axton House.

Por desgracia, no puedo dártela. Escribo, en efecto, desde Axton House, a punto de pasar la primera noche; Niamh y yo compartimos una cama lo bastante grande para montar una orgía cada uno sin que sus invitados estorben a los míos. Glew nos ha hecho un tour por la casa esta tarde, pero no la hemos visto. No del modo al que te referías aquel día, cuando nos contabas que el pasajero de un barco no ve las cuerdas como las ve el capitán. Haber visto la casa significaría entender el uso de cada habitación y de cada mueble. No hemos visto la casa. Tan sólo hemos percibido una secuencia circular de salas vacías, amplios ventanales, chimeneas, lámparas de araña, telas de araña, baldaquines y un escritorio desordenado en cada piso.

Creo, sin embargo, que he captado algunos patrones, como que la casa entera gira alrededor de la biblioteca del segundo piso, su área central y más extensa. Menciono esto, tal vez, porque encaja con tu idea de que los Wells eran gente que vivió y murió por sus estudios.

Otras características (como el gran número de galerías cuyo único propósito parece ser la exhibición de cortinas) me superan.

No creo que ahora mismo fuera capaz de encontrar ninguna de esas habitaciones si mi vida dependiera de ello. De hecho, no me atrevería a irme a dormir si Niamh no hubiera dejado un rastro de garbanzos hasta el baño más próximo.

Ningún indicio de fantasmas por ahora, pero estaremos alerta.

Mañana por la mañana pienso salir y empezar a socializar. También tenemos que encontrar al mayordomo perdido, Strücker. Niamh y yo estamos de acuerdo en que no es un buen nombre para un mayordomo.

Nos gustaría que estuvieras aquí, pero sólo por cortesía; la verdad es que nos apañamos bastante bien. Niamh dice que quiere un perro. ¿Podemos?

Besos,  
A.

## LIBRETA DE NIAMH

—¿Cuál es la ropa más formal que has traído?

*—Vestido verde de verano.*

—OK. Mañana vamos a misa. Supongo que no tendrás nada que objetar.

*-Creo que aquí son baptistas, pero sobreviviré.*

—Beata.

*-Tengo mal presentimiento sobre mayordomo.*

—Yo también.

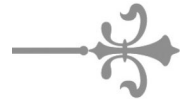
*-Pero no estaba en testamento; por tanto, libre de sospecha?\**

—Supongo, pero algo no encaja. No sé qué tipo de vínculos crea la gente con su servidumbre, pero si has vivido con alguien cincuenta años y no le dejas nada, probablemente no te cayera muy bien, y la simpatía tiende a ser recíproca. Entonces, ¿por qué está tan afectado el mayordomo?

\* Niamh a menudo se come palabras al escribir. Además, acaba las frases con un interrogante siempre que espera *feedback*.



5 DE NOVIEMBRE DE 1995



## DIARIO DE A.

Pese a mi reticencia a tomar prestada ropa del armario de Ambrose Wells, cuya vestimenta pasó de moda junto con los relojes de bolsillo y los zepelines, conseguimos llamar la atención en la iglesia. Yo era el niño disfrazado de profesor de historia de Oxford en 1950 (con bambas), y Niamh era la cría con el pelo izado en un moño de fantasía coronado por una explosión de cintas azules y violetas, y un vestido verde demasiado corto para la temporada y la ocasión. Durante la misa advertí que éramos objeto de algunas miradas curiosas, y a la salida la marea humana se demoraba en grupos demasiado pequeños que cotilleaban en voz innecesariamente baja. Niamh les dedicó a todos sonrisas deslumbrantes y se ganó hasta a los jueces más estirados.

Nadie trató de acercársenos en la iglesia, pero luego, por la tarde, recibimos tres visitas.

Los primeros fueron los Brodie, alrededor de las cinco. Su granja se divisa al sur desde las ventanas más altas. Son nuestros vecinos más cercanos; en realidad, sus tierras habían pertenecido a los Wells. De hecho, por lo que he creído entender, la familia de la señora Brodie trabajaba esas tierras antes de que la Decimotercera Enmienda abo-

liera la esclavitud, pero no me he atrevido a confirmarlo por miedo a haberlo oído mal y sonar maleducado. La verdad es que andaba bastante perdido durante la presentación; ella tenía un acento muy cerrado. En cualquier caso, fuera cual fuera la relación entre los Brodie y los Wells en el pasado, entiendo que era amistosa en los tiempos de Ambrose, y la señora Brodie quería mantener viva esa amistad.

El señor Brodie no parecía tan entusiasta, pero se abrió cuando, después de pedirle yo a Niamh que sacara algo de beber y regresar ella de la cocina con media botella de 7UP, señaló que Ambrose guardaba una botella de bourbon en su despacho.

Se refería al despacho de la primera planta, el usado para negocios «públicos»; una de las habitaciones que no me gustan. La antesala perfectamente hexaédrica, con sillas de góndola en cada esquina y puertas dobles en cada pared, se me antoja demasiado simétrica, y las librerías de madera oscura con sus antipáticos libros me recuerdan al despacho de un director de escuela. Sin embargo, Brodie no pareció intimidado: fue directo a los volúmenes de historia de América expuestos detrás de la mesa para impresionar a las visitas y cogió el *Rise and Fall of the South*, de Champfrey. El panel a su izquierda se abrió con un clic, y del compartimento secreto extrajo un Wild Turkey de catorce años. Me contó que Ambrose se lo reveló el día en que firmaron el arrendamiento del naranjal. Le dije que debería invitarle más a menudo, por si acaso la mansión guardaba algún secreto más. Él replicó, solemnemente: «Los guarda.»

(Por supuesto, no tiene ni idea de cuáles son, pero su fe es prueba suficiente. Sé lo firmemente que cree este hombre en cosas que no ha visto nunca. Le vi en misa.)

Mientras cerraba el panel, reparé en un sobre que estaba encima de la mesa de Ambrose. Me pregunto cómo pude no verlo antes, porque llamaba tan escandalosamente la atención que me habría dado cabezazos contra la pared por no haberme fijado de no ser por que alguien ya lo había encontrado y abierto. Lo tengo frente a mí ahora mismo, vacío. El exterior reza «Aeschylus» (Esquilo).

Por el momento, me limité a esconderlo bajo una pila de papeles y pospuse la reflexión; hubiera sido descortés dejar a las mujeres

solas mucho rato, a pesar de que la señora Brodie parece el tipo de persona capaz de estar charlando durante horas antes de darse cuenta de que su interlocutora es muda.

Acababa de descubrirlo cuando nos unimos a ellas en la sala de música (una amplia estancia al otro lado del vestíbulo, con piano, equipo de música y tele). Llegamos a tiempo de oír la famosa frase: «Pero puedes oírme, ¿verdad?» en voz muy alta, construyendo cuidadosamente cada fonema (un considerable esfuerzo por su parte; véase tema acento), y yo tuve una nueva oportunidad de ver a Niamh asentir y reír en silencio antes de dar las explicaciones habituales: que Niamh es muda, no sordomuda; que es una discapacidad adquirida; que su inglés es, de hecho, mucho mejor que el mío, puesto que ella es de Dublín, mientras que yo sólo lo estudié en el instituto, leyendo a los clásicos; que se comunica con mímica, moviendo los labios o escribiendo, además de un código de silbidos y otro de golpes; que siempre lleva consigo una libreta y un lápiz, y se pasa las noches rellenando los espacios entre sus propias frases con las respuestas que ha obtenido, consignando así largos diálogos con sólo un cincuenta por ciento de trabajo extra, y manteniendo un registro completo de cada conversación significativa que ha tenido a través de todas las libretas que ha utilizado, con notas en cada página indicando dónde tuvo lugar la conversación, cuándo y con quién; y que jamás tendrían otro vecino tan silencioso.

Lo último lo dije aposta, y provocó un silencio incómodo. La señora Brodie esquivó el tema. Yo me decanté por lanzarle algunos de los rumores existentes: medias mentiras a cambio de medias verdades. Enumeré los extraños hábitos de Ambrose, los ruidos, las luces, los ritos practicados en la casa, e incluso mencioné los fantasmas, así como *en passant*. El señor Brodie se apresuró a decir: «Lo de los ruidos no es verdad.»

Su mujer comenzó entonces una sentida apología de Ambrose Wells; denunció que la «gente del pueblo» tal vez lo considerara medio ermitaño, pero ella a menudo le defendía y señalaba que su puerta siempre estaba abierta y que él había sido muy generoso con ellos. En palabras de la señora Brodie: «Aprendió de los errores de su

padre.» Se arrepintió de esa frase un segundo después, al recordar el fin de Ambrose.

Aproveché la oportunidad para preguntar sobre John, el padre de Ambrose.

—John era un erudito incluso más obsesivo —dijo ella—. Vivía para sus estudios.

—Y para su hijo —añadió el señor Brodie—, aunque eso en segundo lugar.

Les pregunté por la naturaleza de esos estudios. Dudaron. Después enumeraron algunas disciplinas inconexas: historia, geografía... ¿antropología? La señora Brodie señaló que Ambrose solía hacer largos viajes.

—Estuvo en Asia y África. Dejó de viajar cuando empeoró del reuma.

—Al padre también le interesaban las matemáticas —dijo su marido, como si hubiera detectado una incongruencia—. Fue criptógrafo en la Segunda Guerra Mundial.

De nuevo mencioné los extraños hábitos y los ritos. De nuevo, les vi incómodos. La señora Brodie volvió a reivindicar el derecho de cada uno a hacer lo que le dé la gana en su casa, siempre que no perturbe la paz de la comunidad. Cuando se quedó sin gasolina, le di el pie: «¿Pero...?»

Cedió finalmente, para contrariedad de su marido.

—Los Wells organizaban reuniones. En diciembre. Supongo que no es nada raro, pero como tenían tan pocas visitas durante el año, de repente tantos coches aparcados en la entrada llamaban la atención. Algunos se perdían y llegaban a nuestra granja, y les indicábamos el camino. Siempre eran hombres y viajaban solos. Se quedaban dos o tres días.

—¿Hasta Navidad?

—No, se iban justo antes de Navidad.

Niamh dibujó con la boca las palabras *solsticio de invierno*.

—Tal vez celebraran el cumpleaños de Ambrose —dije yo.

Le dieron un par de vueltas a la idea, pero entonces el señor Brodie recordó que la tradición se remontaba a tiempos pre-Ambrose.

Ninguno parecía saber que el cumpleaños de Ambrose era en febrero.

—¿Y esos eran los únicos visitantes en todo el año?

—En grupos tan grandes, sí. Otras veces acudían uno o dos a la vez, pero no era frecuente. Algunos venían más a menudo; como aquel caballero más joven, Caleb... algo. Ambrose y él habían ido de viaje juntos.

La señora Brodie se olía una discusión con su marido cuando llegaran a casa, pero hizo el comentario a pesar de todo:

—Hay quien cree que son masones.

Su marido zambulló la cara en la palma de su mano.

Yo aparenté sorpresa, fingí meditar medio minuto (que en realidad empleé en imaginar qué sabor tendría el Wild Turkey de catorce años mezclado con 7UP) y a continuación dije:

—Bueno, si es el caso, lo sabremos pronto, ¿verdad? Según la ley masónica, un masón sólo puede revelar que otra persona lo es cuando esta persona ha muerto. Así que, en cuanto aparezca un amigo de Ambrose, se lo preguntaré y les informaré a ustedes.

Creo que mi tono sirvió para diluir la tensión; el señor Brodie se rió ante la perspectiva. Estaban a punto de levantarse cuando Niamh les mostró su libreta: *Y los fantasmas?*

El señor Brodie dijo, despreocupado:

—Eso probablemente también sea falso.